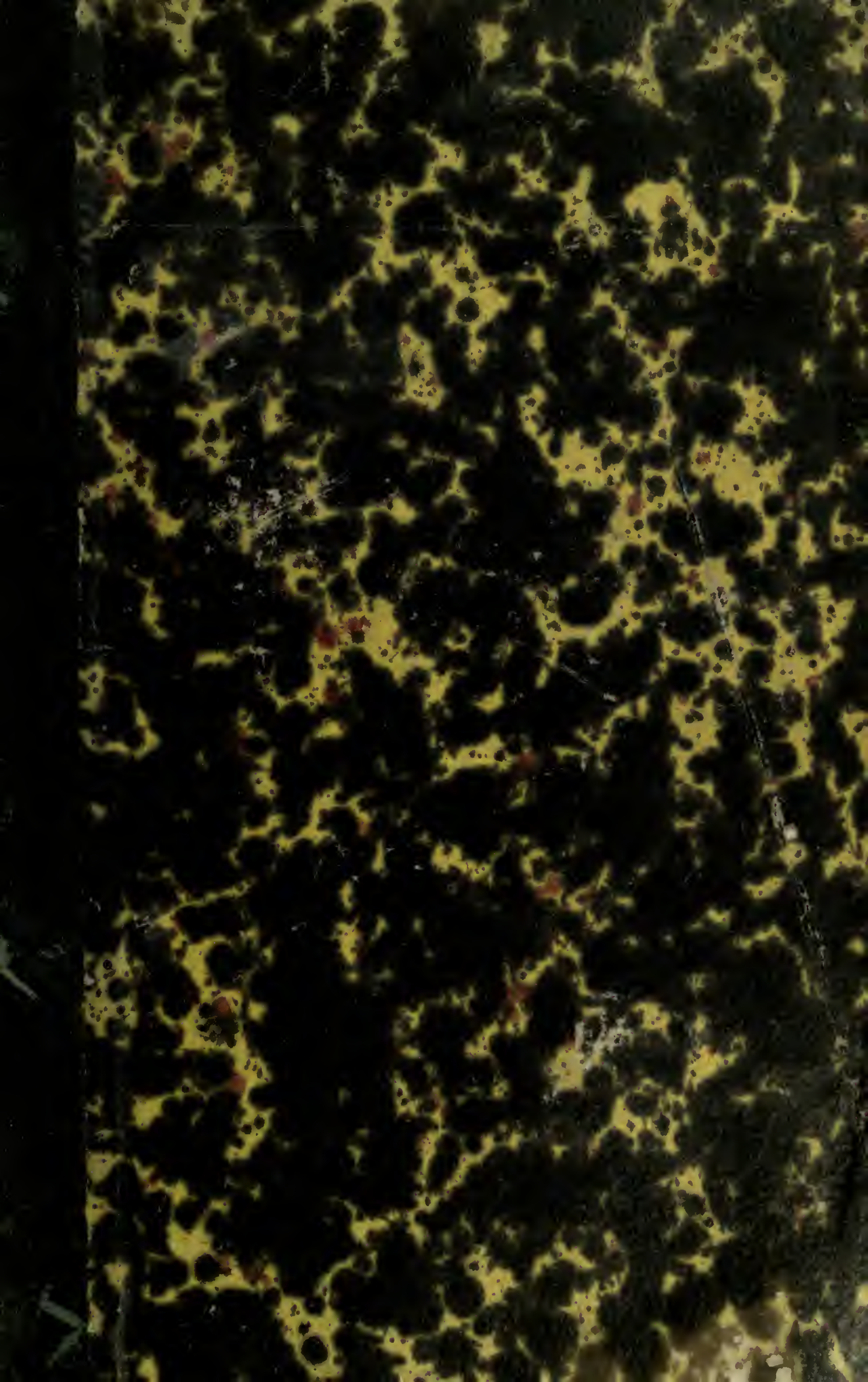


POESIAS

ESCOGIDAS

-DE-

Juan Diéguez,

(GUATEMALTECO.)

Publicación de "La Prensa."



GUATEMALA:

1885.

JUAN DIEGUEZ.

Hay nombres que no pueden pronunciarse sin sentirse uno profundamente conmovido por los recuerdos que traen consigo á la memoria. En la literatura, lo mismo que en la religión y en la política, sucede muchas veces que esos nombres vienen á ser para las jeneraciones subsiguientes,—y aun para las contemporáneas,—la encarnación de las ideas y de los sentimientos de los individuos que les han llevado. ¿Quién hay, por ejemplo, que no sienta palpitar su corazón de amor y ternura al dejar escapar de entre sus lábios el muy dulce de Mr. Lamartine? Quién no le siente latir sensiblemente impresionado á la grata cuanto triste remembranza de los Caro, Arboleda, Mármol y Lozano?

Otro tanto sucede entre nosotros con los **Dieguez,** con esos desgraciados hermanos, hermanos por la naturaleza y por el arte, con esos inspirados poetas del sentimiento, con esos felices intérpretes del canto de las aves, del murmullo de las fuentes, de los

rayos de la luz que en cada uno de sus divinos cantares nos revelan

"Que el poeta en su misión
Sobre la tierra que habita
Es una planta maldita
Con frutos de bendición."

Nos ocupamos ahora de **Juan,** el mayor de ellos, que nació en Guatemala el 23 de Noviembre de 1813.

Desde muy jóven dió muestras de un talento y aplicación nada comunes. Hizo sus estudios en el Colegio Seminario y luego en la Universidad de San Cárlos, coronando su carrera con el honroso título de Abogado.

Nosotros no hablamos aquí del ilustrado jurisconsulto: poco es el espacio de que podemos disponer para ocuparnos del poeta.

Hombre de ideas elevadas y de un corazón noble y jeneroso, **Juan Diéguez,** como toda la brillante juventud de aquella época, pertenecía al partido liberal oprimido posteriormente por la mano de hierro del General Carrera. Así fué que durante la administración de los veinticinco años, fué perseguido con encarnizamiento por el Gobierno vitalicio: preso en uno de los hediondos calabozos del fuerte de San José en la Capital de la República; y estrañado luego del país. Su alma se templó en la desgracia.

Escaso de recursos pecuniarios, proscrito y tenien-

do que sostener sobre sus hombros el peso de una numerosa familia, **Dieguez** padeció cuanto puede padecer un hombre á quien todo falta, menos la grandeza de espíritu que á todo se sobrepone. Por eso vereis en sus poesías que aquella alma que había apurado tantas amarguras, que aquel corazón á quien tan rudamente había azotado el infortunio, lo sufría todo con la mas cristiana conformidad, con la mas digna resignación.

Con las poesias del distinguido bardo de que venimos hablando puede formarse un grueso y precioso volúmen para honra de la literatura americana. Todas ellas son correctas, inspiradas, verdaderamente clásicas. En los versos de Dieguez no hay estudio, todo es natural, todo emanado de lo íntimo del alma. Se habia empapado mucho en las doctrinas y estilo de Virgilio, que era su lectura favorita. Cuando nosotros tuvimos la dicha de tratarlo leia con pasión las orientales de Victor Hugo, de que tradujo felizmente algunas cuantas.

Después de la muerte del General Carrera, Dieguez regresó á su pais natal, y aunque la administración de los veinticinco años se prolongó á los treinta con el Gobierno del señor Cerna, tuvo la suerte de no ser ya perseguido. Pero aquel hombre extraordinario por su talento y vasta ilustración no debia pisar los umbrales de la felicidad, en cuanto ésta es posible en la tierra. Apenas fué nombrado Juez de

1.ª Instancia y Catedrático de Derecho Teórico Práctico en Guatemala, empleos que desempeñó á satisfacción de todos en el corto tiempo que estuvieron á su cargo: cuando ya una esperanza le sonreia en el porvenir de su ajitada existencia; una violenta enfermedad le llevó al sepulcro el 28 de Junio de 1865, sin otro pesar que dejar á sus pequeños hijos y afligida viuda en la miseria.

Por lo demás él podia esclamar con Lamartine:

Qu'est-ce donc que mourir? Briser ce nœud infâme,
Cet adultère hymen de la terre avec l'âme,
D'un vil poids, á la tombe, enfin se décharger.

("Galería Poética Centro-Americana," por don Ramón Uriarte.)

LA GARZA.

¡Oh tú de la onda inmaculado lirio,
Melancólica reina del estanque,
Tan silenciosa, tan inmoble y límpida,
Cual si te hubiesen cincelado en jaspe;

El destino á tus playas solitarias
Condújome tal vez porque te cante,
Y mústio como tú, cual tú infelice,
Yo de cantarte hé mísero vate:

Ora te mire en la serena orilla,
De mansedumbre y de dolor imágen,
Plegado al pecho el serpentino cuello,
Y el pico entre los límpidos cristales:

Ora remando en compasado vuelo,
Cual blanca navecilla de los aires,
Al Céfiro agitando con tus alas,
Como á la onda los remos de la nave:

Ora en las ramas del ciprés oscuro,
A la Hada entre las sombras semejante,
Vengas á oír en soledad sombría
Los últimos murmullos de la tarde.

Sí: yo te canto, límpida garzota,
Espléndida azucena de las aves,
Mas bella que la espuma del torrente,
Que del peñasco borbollando cae;

Rival de la paloma sin mancilla,
Mas pura que la nieve deslumbrante,
Emula silenciosa de los cisnes,
¡Salve garza gentil, mil veces salve!

Avara y caprichosa la Armonía
Te cerró sus nectáreos manantiales,
Que sacian á sus tiernos ruiseñores
Y cisnes canos de argentinas fauces;

Mas te infundió naturaleza artista
En tu propia mudez bello lenguaje;
De dolor te formó viviente estátua,
Como á esculpirla no alcanzára el arte:

El dolor te inspiró mas dulce y manso
Tu elegiaca espresión tan penetrante,
Tu actitud modeló *Melancolía*,
Inocencia te dió tu albo ropage.

¿Qué haces allí, oh nítida azucena,
Como sembrada en la anchurosa márjen?
¿Nuevo Narciso en el cristal contemplas
Por ventura el labor de tu plumaje?

¿O en dolorosa soledad y duelo
Haces tal vez de tu perdido amante,
O de la tierna devorada prole
Que en el robado nido ya no hallaste?

¿Comprendes tú mis vivas simpatías,
Cuando enhiestas el cuello por mirarme?
Comprendiste mis votos y mis ánsias,
Viéndote ayer en tan terrible trance?

Asesino traidor de sútil planta,
Oculto se te acerca entre los sauces....
¡Ay de tí.... Ya te apunta.... Ya la muerte
Miro en tu pecho cándido cebarse!

Brilla entre el humo pálida la llama,
Las ondas salpicando, el plomo cae,
Vuelas tú, yo respiro y el estruendo
Aun se prolonga por el ancho valle.

La muerte apenas con sus alas roza
Tus blancas plumas que en el aura esparce,
Que un breve instante en el espacio giran,
Y van cayendo y en el agua yacen.

Oyera el cielo con piedad mis votos,
Oígalos siempre así, siempre te guarde;
Pero ¡ay! mi dulce amiga, ¡quién dijera
Cuál de los dos primero de aquí falte!

Víctima del instinto carnicero
De feroz cazador, talvez mas tarde,
Serás ¡ay Dios! y tu nevada pluma
Enrojecida en tu inocente sangre!

Y yo leve juguete del destino
Cual la hoja de sañudos huracanes,
Yo cuyo sueño la tormenta arrulla,
Yo pobre alción en agitados mares,

Yo de tu lago vagamundo huésped
He de faltar también, tal vez mas antes;
La última sea acaso que mi planta
Huelle la florecilla de estas márgenes.

Tal vez mañana por lejanos climas
Huyendo vaya de la ley del sable,
Si estas montañas de la paz asilo,
También atruena la civil barbárie.

¿Y quién preguntará, lirio de la onda,
Dónde la suerte nos echó inconstante?
¿Qué fué de la garzota inmaculada?
Qué de su errante y solitario vate,

Que por la orilla del risueño lago
Vagaban un tiempo al declinar la tarde
Que en las someras ráices se asentaba
De este frondoso y corpulento amate;

O en lo mas alto de las altas cumbres
Por la ancha brecha que los montes parte,
Allá en el horizonte delineados,
Gustaba contemplar sus patrios Andes?

¿Tú y él qué fueron sino arenas leves,
Que la onda trajo y que los vientos barren?
Tú y él borrados de la leda estancia,
Ella por siempre quedará inmutable:

Con sus florestas de agradables sombras,
Sus auras puras, su fragancia suave,
Sus armonías, sus murmullos vagos,
Su dulce paz, su soledad amable;

Con su torrente que espumantes masas,
Bramando arroja por los vagos aires
A la profunda y peñascosa sima,
Donde las aguas con fragor se parten:

Con sus inmensas calcinadas rocas,
Unas sobre otras, amagando al valle,
Hórridas, por allá, desnudas y áridas,
Del alma impía desolada imágen:

Aquí de vida y de verdor cubiertas,
Con bosquecillos que en sus grietas nacen,
Aprisionados en floridos lazos,
Que hácia el abismo suspendidos caen:

Con su apacible y cristalino lago,
Donde se pinta encantador paisaje,
En bella confusión, el llano, el monte,
Las blancas nubes y el rebaño errante.

Aquí el nenúfar de rollizos tallos
Su blanca flor sobre las ondas abre.
Allí las algas el cristal matizan,
Y allá rebullen los silvestres ánades:

En esta orilla la cañuela humilde,
Abovedando sus flexibles haces,
Risueñas grutas de verdor ameno
Labra en el aire al cefirillo amante:

De entre la selva, por amor de la onda,
Medrosos ciervos á la orilla salen,
Y en la frescura de las claras linfas
La sed apagan sus ardientes fauces.

Entre el follage deliciosas pasan
La estiva siesta las charleras aves;
Y algún gemido solamente se oye
Que la paloma solitaria exhale.

Allá su barca el pescador desliza,
La faz rizando del sereno estanque,
Y al caer la tarde á la rivera vuelve,
Donde la amarra con seguro cable,

Bajo el abrigo del sabino añoso,
Que con sus ramas los cristales barre,
Custodio eterno de las linfas puras,
En donde baña las desnudas raices.

¿Por qué medrosa la barquilla pasa
Muy lejos siempre del peñón gigante,
Que las nubes del trueno y del granizo,
Con ambas frentes audacioso parte?

Allí una cruz como á sincel gravada,
Vé el viajador desde la opuesta márgen,
Y aquellos mústios solitarios sitios
Las playas de la cruz oye nombrarles.

Allí verdosa y remansada la onda
Las negras peñas en silencio lame,
Bajo la triste sombra de una selva
De impenetrable y lóbrego follage.

Es tradición en la comarca crédula,
Que allí una jóven infelice madre,
Soltó por caso á su adorado niño,
Y al hondo abismo se arrojó al instante.

Cuentan que allí la desastrosa peña
Aun manchas guarda de indeleble sangre;
Que en el silencio de la noche se oyen
Herir el viento lastimeros ayes;

Que de la bella el gemebundo espíritu,
Cual blanca niebla sobre la onda errante,
Suele á la luz de las estrellas verse
Cruzar la faz del solitario estanque.

Yo en esas horas de silencio y calma,
Cuando á salir convida el aura suave,
En las cálidas noches del estío,
Allí á la luna contemplar me place;

Y oigo no mas que la doliente queja
Que al astro envían las nocturnas aves;
El melancólico incansable grillo,
Que al bosque aduerme con rumor constante.

El manso viento que en las altas cumbres
Murmullo blando entre los pinos hace,
Como corrientes de lejanas aguas
Que se oyen ir por ignorado cauce;

La vaga olilla que al peñasco azota,
La mansa res cuando la yerba pace;
Y el monótono golpe del torrente
Que alguna vez los céfiros me traen;

Vagos rumores de la triste noche.
Que en la dormida soledad se esparcen,
Encanto de las almas melancólicas,
De los misterios de la noche amantes.

Eso no mas oí, ni apariciones
Jamás he visto por ninguna parte,
Si no eres tú, que cual benigno genio
Del lago siempre te encontré en sus márgenes.

Allí, oh amiga, bondadoso el hado
Largo vivir sin inquietud te guarde
Y un fin tranquilo entre tu nido de algas,
Y á mí en los brazos de mi dulce madre.

El Pino seco y el Quiebracajete.(1)

"¡Salve, oh prenda del Otoño,
Amorosa enredadera,
Para mí la Primavera
Ya no existe sino en tí!
¡Salve, oh tú que á mis quebrantos
Diste el velo de tus flores,
Que mojaron los Amores
En sus tintes de rubí!

"¿Qué le importan ya las galas
Del florido alegre Mayo,
Al que herido fué del rayo
Mortalmente como yo?
¿Qué me importan, si en mis ramos
Ya desnudos de verdura
Ni un pimpollo á la ternura
De la brisa ya quedó?

"De la brisa los amores,
De la aurora las delicias,
Del rocío las caricias
Para mi no existen ya;
Ni á mi sombra blandamente
Se solaza el caminante,
Ni sus penas el amante
En mi tronco grabará.

(1) Nombre que se dá en Guatemala á una planta silveste enredadora, cuyas flores, de varios y lindísimos colores son propias del Otoño. Se distinguen por su hermosura las azules y las moradas

"A pastores y zagales
De sencillos corazones,
En sus rústicas canciones
Ya no escucho en derredor;
Ni me arrulla sus dolores
Tortolilla enamorada,
Ni en mi copa mutilada
Labra el nido de su amor.

"A este leño apolillado
Que le sirve de granero,
Solo viene el carpintero (1)
O el confuso gavilán;
Y en la oscura y triste noche
Solo el buho misterioso,
Cuyo canto pavoroso
La importuna con afán.

"Y mis ramos estridentes,
Por el viento sacudidos
Imitando los gemidos
Del mas fúnebre dolor,
Rechinando en el silencio
De la noche mas oscura,
Dan al bosque mas pavura
Y á las sombras mas horror.

(1) Pájaro de América, que habita en la espesura de los bosques: es negro, alas blancas, tiene una cresta de lindísimo carmín, y un pico tan fuerte que taladra con él los troncos de los árboles, principalmente de los pinos, donde forma agujeros exactamente adaptables á una bellota, que es su alimento favorito, y que almacena del modo dicho para el tiempo de escasez.

"Un cadáver macilento
Ves aquí, donde solía
Envidiar mi lozanía
De esta selva la altivez:
Melancólico esqueleto,
Desolado, yermo y triste,
Que con flores revestiste
En su horrenda desnudez.

"¡Salve, oh prenda del otoño,
Amorosa enredadera,
Para mí la primavera
Ya no existe sino en tí!
¡Cuán en breve rudo Invierno
Tiene ¡ay Dios, de devorarte!
¡Cuán en presto he de llorarte,
Flor tan buena para mí!"

Tal decía á la planta enredadora,
Que le decora
Con su flor bella,
De un muerto pino el pálido coloso,
Que, mústio y silencioso,
En la selva descuella:

Y yo un suspiro dí, mirando al pino,
Porque el destino,
Con furor ciego,
También mi corazón ha desolado,
Marchito y destrozado
Como al árbol el fuego:

Y también como el árbol yo encontrára
Quien halagara
Con su ternura
Y con la flor de su amoroso encanto
Mi profundo quebranto,
Mi desventura.

¡Ay! temo que esa flor, cual la hechicera
Enredadera,
Cual sueño leve,
Fugáz visión de la engañosa vida,
También desvanecida
Yo la llore entre breve.

A una Mosqueta.

Delicada florecilla,
Cuyo seno embalsamado
A Favonio enamorado
Mil encantos prodigó:

¡Ay, cual torna ya amarilla
Sin aroma ni frescura,
Esa córola tan pura
Que á la nieve deslumbró!

¡Ay, triste yo miro
De galas tan bellas,
Apenas las huellas
Y triste suspiro!

Mis labios ya besan
Tus mústios despojos,
Su llanto mis ojos
De enviarte no cesan.

Ya no eres la flor,
Juguete del viento,
Sino un pensamiento
Sublime de amor;

Porque esas hojillas
Sin bello barniz,
Ni olor, ni matiz,
Del todo amarillas,

Son pájinas llenas
De tierna elocuencia,
Que mas que tu esencia
Es suave á mis penas:

Son prenda muy cara
De léjos venida,
Que madre querida
A un hijo mandara.

De verte no ceso,
De nuevo te miro,
De nuevo suspiro,
De nuevo te beso:

De nuevo el regazo
Marchito te inundo,
De lloro infecundo;
De nuevo te abrazo.

¡Ay, Dios, quién pudiera
Con besos y llanto,
Tornarte el encanto,
La vida primera!

No, empero, me es dado
Soplarla en tu frente;
Que mi hálito ardiente
No es céfiro alado;

Ni fresco rocío
De vívida Aurora,
El riego que ahora
Te cae, bien mío!

Es del proscrito el llanto corrosivo,
Y su terrible aliento de anatema,
Que á cuanto baña á tanto le es nocivo,
Y cuanto toca su respiro quema....

Mas tú no temerás que tu marchito
Cáliz yo riegue con mi acerbo llanto;
Pues quien te envía es Madre del proscrito:
Vén á mi pecho, calma mi quebranto!

Que aunque haya en el destierro bellas flores
Frescas, alegres, plácidas, fragantes,
De variados matices y colores
Que embalsaman las auras inconstantes;

No hay mosquetas de aroma delicada,
No hay una flor que me hable al corazón,
Ni que, cual tú, del todo desecada
Sobreviva un instante á su ilusión:

Arrebatadas del común destino,
Volando al polvo de hoja en hoja van,
Sin que del Alba el lloro peregrino
Tuerza esta ley, mas cruel que el huracán:

La ufana reina del pensil florido,
Con la diadema de su rósea sien,
También sucumbe; y el profundo olvido
Sus bellas horas devoró también....

Tú, empero, vivirás aquí en mi pecho:
Tus macilentos, lánguidos despojos,
Aquí en mi pecho férvido yo estrecho,
Prenda cara de amor, flor de mis ojos;

Flor que brotaste allá, dentro el amado
Recinto del hogar, donde corrieron,
Como el límpido arroyo por el prado,
Mis bellos días que por siempre huyeron.

Descolorida flor, marchita y triste,
Flor con quien hablo en mi delirio vano,
Flor, que hasta aquí buscándome veniste,
Flor que cortó mi madre con su mano:

Si del recuerdo la punzante espina
Lastima el pecho á tu infeliz cantor,
Tus hojas le embalsaman, flor divina,
Con la suave ambrosía del amor.

Pensamiento de una tarde.

Del moribundo día,
En el postrer instante,
El terror de las sombras
Se pierde entre celajes.

Y en su agonía enciende
Sus luces celestiales
La vespertina estrella,
Cual dolorida amante,

Siguiéndole á la tumba
En que vá á sepultarse,
Y á los remotos climas,
Donde en breve renace:

Y así, gran Dios, te pido,
Para el terrible trance,
De serena inocencia
La calma imperturbable.

De la rósea Esperanza
Los plácidos celajes,
Que á las eternas sombras
Sus furores embarguen;

Y de la Fé mas viva
La antorcha consolante,
Que se muestre á mi ocaso
Estrella de la tarde:

Para que blandamente
Mi espíritu se exhale
A la región sublime
Del Querub y del Angel.

EL COLERA.

Piedad, piedad, Señor! Al ruego atiende
De este débil mortal atribulado:
Tú que mis penas miras,
A mí tu mano estiende,
Gracia dáme ante el ángel de tus iras.
El brazo enhiesto, de venganza armado,
La ira celestial en el semblante,
Envuelto en parda nube el aire hiende:
Al pálido *Terror* manda delante,
Cual fatal mensagero,
Muerte anunciando por el orbe entero:
A todas partes lanza
La celeste venganza:
De Sur á Norte, de Levante á Ocaso
Fulmina de tus iras las centellas:
Son montes de cadáveres las huellas
De su fúnebre paso.
¡Ay, ay! ¿qué fué de aquellas
Liviandosas ciudades,
Entre los brazos del *Placer* dormidas,
Sus ya ajadas coronas desceñidas?
Despertáronse mústias soledades
Y regiones desiertas,
De corrupción y fetidez cubiertas,
Cebo de lobos y chacales fieros
De águilas y buitres carniceros.

Señor: aun se halla léjos de mis puertas
Y héme á mí ya temblando cual la espiga

Al níveo cuello la feroz cuchilla
O al pecho manso la saeta aguda
Se apresta ruda: saltará mi cuello
Teñido en púrpura.

Y silencioso las nevadas alas
Batiré apenas por instantes breves:
Las auras leves por la vez postrera
Su adiós reciban.

Mi carmín puro manchará tan solo
La que fué simpre inmaculada pluma,
De quien la espuma de las claras fuentes
Emula fuera.

No mas las Ninfas del undoso río
Saldrán festivas á escuchar mis cantos,
Ni el dulce encanto adormirá la clara
Mansa corriente.

¡Divino río de la arena de oro!
A tu murmullo deba yo un suspiro
Que en el retiro del recodo manso
Repita el risco.

Vosotros verdes y flexibles juncos,
Dosel risueño de la linfa pura,
Vuestra frescura en la ardorosa siesta
Mi encanto fuera.

Vos, que escuchasteis mi sentido acento,
Oíd ahora mi canción de muerte:
Llorad mi suerte: sollozad unísonos
A blando céfiro.

¡Oh, Apolo! envía tu celeste bando
De sacros Cisnes de los picos de oro,
Que al almo coro de las nueve hermanas
Lleven mi cuerpo.

Y siempre tinta la fatal ribera,
Mi sangre agoste su eternal ternura,
Y desventura y maldición la envía
¡Oh Dios de Délos!

CON UN JAZMIN.

Bello es del albo jazmín
El puro y terso candor;
Pero es mas bello el carmín
De tus rosas de pudor.

El aroma es agradable
Que la flor exhala al viento;
Pero me es mas deleitable
La fragancia de tu aliento.

Es de aquella la frescura
Como el alba matinal;
Pero tu tez virginal
Aun es mas fresca y mas pura.

La dicha tendrá el jazmín
De adornar tu cabellera,
Mas fragante de lo que era
Allá en su primer jardín.

En su frágil existencia
Tan fugaz como el placer,
Su brillo, su suave esencia
Van pronto á desparecer:

Pero dura todavía
Mas tiempo su vida y gloria,
Que durará en tu memoria
La infausta existencia mía.

Al menos seca y marchita
La ya deshojada flor,
Exhala apagado olor
Que un débil recuerdo excita.

Si al apagarse la vida,
La llama que me consume
Dejára un débil perfume,
Un recuerdo á mi querida;

Bendijera yo mi suerte,
Bendijera mi dolor,
Y entonando himnos de amor
Sucumbiera yo á la muerte.

EL ARROYO.

.... Unda impelitur unda,
Urgeturque prior veniente, urgetque priorem.—(Ovid.)
A la onda cede la onda, que la obliga,
Y aquella á la de atrás, onda enemiga.—(Trad.)

Deslízase süave
Entre menuda arena,
El manso arroyo por la selva amena,
Con sonoro murmullo que adormece
Al aura blanda que en el sáuz se mece.

Es la plácida orilla
El imperio de Flora,
Y su espléndida corte lo decora.
¡Qué galas de tan vário colorido!
¡Qué perfumes tan gratos al sentido!

Suavísimo Cenzontli,
En pos de la frescura,
Del follaje se esconde en la espesura,
Llenando enamorado el vago viento
Con la dulce armonía de su acento.

Y las límpidas hondas
Riza el Céfiro blando.
¡Cual se deslizan con su alegre bando
De Ninfas y de Cisnes! ¡carga leve,
Le son pechos de amor, cuellos de nieve!

¡Oh, peregrino arroyo,
Imágen de mi vida!

¿Porqué vá tu corriente tan urgida?
¿Qué, te precisa abandonar las flores
De esta risueña orilla y sus amores?

¿Qué falta ya á tu encanto?
¿Qué falta á tu ventura?
¡Tente: gózate en ella mientras dura!
¡Gózate en la belleza y armonía,
Brisas y sombras, flores y ambrosía!!

¡Ay! durarán tus glorias
Lo que la vana espuma,
Y arista, sin que el fuego la consuma:
Duran mas los amores de la brisa:
No haces mas que pasar, pasar de prisa;

Y ceder al impulso
Terrible que te obliga
De la que viene atrás, onda enemiga;
Y que no mas feliz que lo fué aquella,
A otrá cede también que la atropella.

Ávido de los besos
De tu onda cristalina,
Amante lirio á tí su frente inclna,
Y detenerte en vano ¡ay Dios! procura
El dulcísimo afán de su ternura.

Mas no hay para ti amores,
Ni reposo un instante:
¡Correr, siempre correr. . . . siempre adelante!
Y, *adelante!* que clama me parece
Una terrible voz que me estremece.

¡Oh, la voz del Destino!....
Del Destino la mano,
Como á la prometida del Océano,
Sin piedad por la víctima inocente,
Te arrastra á sus abismos inclemente.

Tus floridas guirnaldas,
Impío y rudo el Hado,
Ya en breve de tu sién habrá arrancado,
Juzgando ese atavío inoportuno
Para entrar en el lecho de Neptuno.

Ya entre hórridos peñascos,
Do solo el buho habita,
Tù líquido cristal se precipita,
Desnudo ya de la amigable sombra
I de la matizada hermosa alfombra.

Ni la graciosa Ninfa
En margen erizada
Ha de poner su planta delicada,
Ni en los antros de horrísonos peñones
Hará oír el Cenzontli sus canciones.

En torrente impetuoso,
De arroyuelo que fueras,
Vas á tornar: la flor de tus riberas
No verás mas; que al piélago insondable
Te impele ¡ay Dios! un hado inexorable....

....

Y yo con igual fuerza
También soy impelido

(Cual tus ondas al mar) al mar de olvido;
Y con igual premura, igual violencia,
Su encanto va dejando mi existencia:

Pues cual flor de la noche,
Que muere á la mañana,
Fué la de mis amores flor temprana:
Pasé, la ví, la amé, fragante y bella,
Torno á pasar, la busco, y nada hay de ella.

Y cual tú, se desprende
Mi lóbrega barquilla
De la encantada juvenil orilla,
En turbulento fragoroso estruendo,
Por entre escollos mil despareciendo;

Mas no sin que aun de lejos,
Hácia el pasado encanto,
Vuelva mi vista atrás, turbia de llanto,
Y le envíe ¡ay de mí! mientras respiro
Doliente adios, tristísimo suspiro.

El suspiro me agrada,
Y el llorar de mis ojos,
Sobre estos mústios, pálidos despojos
De rosas de su tallo desprendidas:
Rosas son mis memorias mas queridas.

Rosas son mis memorias
Sin vida ni belleza,
Que marchitó la pálida tristeza:
Muertas flores ¡ay Dios! donde aun asoma
Leve reliquia del perdido aroma.

Mi llorar me solaza,
Dulcísimo arroyuelo,
Enviar á tí mis lágrimas de duelo,
Mis suspiros unir á tu murmullo
Y al de tórtola amante, blando arrullo.

¡Ay sí! mientras que canta
Sus amores el ave,
Murmullas tú; y el Céfiro süave
Acaricia tus ondas y mi lira,
El llanto brota, el corazón respira.

Dulces silvestres tonos,
No del arte armonía,
Que siempre conmovieron la alma mía!
A su compás, arroyo cristalino,
Gusto cantar nuestro común destino.

Y en soledad sabrosa,
Dueño de mí, un momento,
Contigo y con mi triste pensamiento,
A tí mi lloro doy, al aire el canto,
Y, un instante, al olvido mi quebranto.

Adiós, fugaz arroyo:
La noche pavorosa
Ya sobre tu onda cae silenciosa;
Ya vuelve el pajarillo al dulce nido
Y yo de ingrato mundo, al vano ruido.

———

A LA MEMORIA DEL RETRATISTA

Don Francisco Cabrera.

Tú que salvaste del ingrato olvido
El bello esmalte de la flor precoz,
Que el cáliz dobla, ya descolorido
Al frío soplo de la edad veloz:

Tú, que en su vuelo, detener supiste,
Con tu pincel al rápido Tiempo alado,
En solo un punto, y al presente diste
Bella, cual fué, la imágen del pasado:

Tú, á quien triunfando de la muerte aleve,
Diérate el cielo rescatar su presa,
Dando al marfil el encarnado leve,
Que no destiñe el polvo de la huesa:

Tú mismo yaces en la huesa helada,
Sin que pudiese, no, Jénio divino,
Parar el golpe, la hora señalada,
La hora tremenda del fatal destino.

¿Qué vale al Jénio su falaz aureola?
¿Qué su reflejo sobre el mármol frío,
Si su ceniza silenciosa y sola
No anima ya en el túmulo sombrío?

¿Y qué la llama que abrazó su frente
Y consumió su corazón, acaso,
Cuando al cruzar el mundo indiferente
Ni una mirada le debió en su paso?

¿Cuando al cruzar los valles de la vida
No deja mas que soledad oscura,
Ni halló al gemir, el alma dolorida
Un eco de simpática ternura?

¿Cuando postrado en miserable lecho
Sintió abrazarse en la ansiedad febril,
Y ni un consuelo al fatigado pecho
Calmó el tormento de sus ánsias mil?

¿Cuando su yerta senectud no pudo
Poner tal vez la venerable faz
En lecho menos frío y menos rudo
Que el rudo mármol que le guarda en paz?

De ardiente Jénio el encendido lampo
La breve vida desolando pasa:
Marcó la huella en el desierto campo
La flor marchita que al pasar abrasa.

¡Ay, Dios! ¡Y el mundo sin piedad ninguna
Cortó su vuelo con crueldá irrisoria!!
No vió jamás sonreír á la fortuna:
Solo en la tumba aguárdale la gloria.

Si acaso el polvo de eternal olvido
Que troncos roe, mármoles quebranta,
Un nombre leer no quita, allí esculpido,
Si no le huella la profana planta.

Y la Horfandad, y la Amistad doliente,
Que sobre el mármol lloran, con que oprimen
Las duras Parcas la amarilla frente
De amigo ó madre porque tristes gimen.

Por tí solazan su dolor también,
Al ver la rosa que el marfil matiza,
El fresco labio, la dorada sién
Que no son ya sino glacial ceniza.

No, acaso, un eco, cabe á tí suspira,
Ni cae lágrima en tu losa triste;
Pero solloza la sensible Lira,
Y de crespón y de ciprés se viste:

Y lleno el bardo de dolor sombrío,
Tu fúnebre urna, tu inmortal pincel,
Al áureo templo llevará de Clío
Entre los ramos de inmortal laurel.

LA MAJIA DE AMOR.

De fieras poblado,
De rocas cubierto,
Había un desierto,
De Libia el horror:
Ni Céfiro amante,
Ni arroyo, ni fuente,
Ni rama consiente,
Ni espiga, ni flor.

El lomo oprimiendo
De León africano
Sus armas en mano
De oro y marfil;
Perdido entre rocas,
Cupido allí andaba
Por áhi le llevaba
Capricho infantil.

Saltando entre peñas,
Las cimas cruzando,
Abismos salvando,
El yermo le vé:
Las fieras, ya gachas
La cola y orejas,
Cual mansas ovejas
Le besan el pié.

Del hambre apenado,
De sed y fatiga,

La roca enemiga
Solaz le negó;
Mas cuanto se inflama
Con vida en el mundo,
Respeto profundo,
Tributo le dió.

Horrible pantera,
Con áscuas por ojos,
Que brillan mas rojos
Allá en el cubil,
Himplando en la oscura
Caverna horrorosa,
Cual madre amorosa
Vé al niño gentil:

Amor y cachorros
Bajo ella tendidos,
Mamaron prendidos
Del seno voraz;
El róseo piecito
Lamiendo la fiera,
La mano flechera,
La célica faz.

Del antro saliendo
(El pecho aun ardiente)
De vívida fuente
Ansía el licor:
Y al rudo peñasco,
De entraña mas dura,
Le exije dulzura,
Tributo de amor:

Ya clava en la roca
La flecha dorada,
Y apenas clavada
Le baña un raudal;
Y fué desde entonces,
Desierto tan rudo,
De vida desnudo,
Mansión de solaz.

Pintados rebaños,
Praderas floridas,
Zagalas garridas,
Amor del vergel,
Alegres cantares,
Risueños pastores,
Arroyos y flores
Encantan en él.

Con todos sus tigres
Y horribles panteras;
Con todas sus fieras
La Libia se vá,
Y vino la Arcádia,
Con Pan y con Flora;
Un Templo allí ahora
Amor tiene ya.

—Así, linda Clori,
Tus ojos flecheros,
Me hirieron certeros
Con dardos de amor,
Y dulce poesía
El pecho me inunda,

Que anima y fecunda
Un yermo de horror.

Mas aunque divina
La flecha dorada,
En llama templada
De lumbre inmortal,
No es menos punzante,
Sangrienta y terrible
No es menos sensible
La herida fatal.

Mal grado el tormento
Tus ojos bendigo,
Y el dardo enemigo
Que me hace sufrir;
Pues cámbio gustoso
Placer por dolores,
Mas yo sin amores
No puedo vivir:

Amar es mi vida,
Mi gloria y desvelo,
Y dicha del cielo
Cantar mi dolor:
Yo á Clori mis cantos
Dedico y mi Lira,
Pues ella me inspira
Con Májia de amor.

LA MUERTE DE UN NIÑO.

Traducido de Andres Chenier.

Apenas vió en el mundo la víctima inocente
La sola primavera á que la luz debió,
Un nombre, una memoria, un sueño solamente,
Una invisible imágen fué de él cuanto quedó.

Adios, endeble niño, que de entre nuestros brazos
Cual vaporcillo leve, volaste á la mansión,
Cuya puerta, ya rotos de la vida los lazos,
Si se abre cuando entramos, no se abre otra ocasión.

Asolando ciudades y campiñas poblando,
Coronado de espigas el Estío vendrá,
En los alegres campos las mieses derramando
Pero ¡ay Dios! el Estío ya no te encontrará.

Ni el triste hogar paterno, de que eras los amores
En desnudez amable te mirará gatear,
Ni la Ninfa del Sena jugando con las flores,
De que al cristal undoso la plugo coronar:

Tu carrocilla humilde que por mano amorosa
Tirada por el prado poco há que se mostró,
El prado no mas surca, ni la playa arenosa:
!Ya de allí para siempre su huella se borró!

Ni con dulces gorjeos tus labios sonrosados,
Ni tu infantil mirada de bella limpidez,
Indefinible encanto nos darán ni cuidados
Pues sellóles la Muerte con fría palidez!

Adiós, hasta el sepulcro, por otra vez, adiós,
Hasta allá donde todos nos hemos de seguir,
Donde tu triste madre, de consuelos en pos
Sus celosas miradas empieza á dirigir!

LA NOCHE.

Melancólico rueda y silencioso,
Por las frías llanuras celestiales,
Un enlutado carro majestuoso,
Tírado por vampiros colosales.

Bajo su sólio de sublime duelo,
De fúlgidos diamantes tachonado,
La faz cubierta de sombrío velo
Gobierna una Deidad él carro alado.

Tan negros como él, y como él bellos,
Lleva sobre los hombros esparcidos
Los ondulantes húmedos cabellos
Que rozan el crespón de sus vestidos.

De ébano empuña cetro soberano
La diestra con que rije el vasto imperio,
Y los pliegues desvuelve la otra mano
Del manto con que cubre el hemisferio

Es la NOCHE: á sus lados van el SUEÑO
Y el SILENCIO, que grato le provoca;
Aquel con sus guirnaldas de beleño
Y este otro el dedo en la discreta boca.

¿Quién es ¡oh, Noche! el mortal
Que no se postra rendido
Bajo tu cetro de olvido,
Ante tu trono glacial?

La erguida cabeza inclina
Naturaleza hasta el suelo,
Cuando tu carro de duelo
En las esferas domina.

Extingue su luz hermosa,
Sus ricas galas esconde,
Y á tu dolor corresponde
Su lobreguez silenciosa.

Duerme la anchurosa tierra,
Duermen los celestes prados,
Duermen los vientos alados
En la tenebrosa sierra.

Duermen los poblados mares
En las playas solitarias,
Y duermen sus tribus varias
En sus cavernosos lares.

Y duerme todo viviente
En tu solemne misterio,
¿Quién tiene bajo tu imperio,
¡Oh, noche! erguida la frente?

Las míseras Pasiones ¡cuán en vano!
Dementes se revelan contra tí!
Tus sombras vencen su delirio insano
Su ardiente frenesí!

Vela el Placer en turbulenta orgía;
Vela el Amor circuido de ilusiones;
Y los Zelos en férvida agonía
Y horribles convulsiones:

En vela la Avaricia macilenta,
A la mezquina luz de su candíl,
El contado tesoro otra vez cuenta
Y otra vez mil á mil.

El Odio vela y la feroz Venganza
Aguzando su pérfido puñal,
O tejiendo la red de la acechanza
En que caerá un rival.

Y la altiva Ambición vela soñando
En los falaces lauros de victoria,
O en los áureos alcázares del mando
De mentirosa gloria.

Velan sí; mas destruida su energía,
Ya del alba el lucero refulgente
No alcanzará ver la luz de su bugía
Ni su pálida frente.

Velas como ya vencidas
De una en una van cayendo,
Mira como van rindiendo
La cabeza soñolienta.
Sobre su arca férrea cae,
Que la inquieta y la desvela,
(Como cae un centinela)
La Avaricia macilenta.

Amorcillos afanosos,
Ateridos por el frío,
Empapados de rocío
Sueltan ya la aljaba aguda;

Y plegando las alillas
En sus cunas olorosas,
Entre nardos y entre rosas
Su inocente afán acaba.

Y la furia que mas vela
Bajo el luto de los cielos,
Esa furia de los Zelos,
Encerrada entre cerrojos,
Al fin cae ya postrada
Bajo el cetro del olvido;
Duerme, atento el fino oído,
Sin cerrar jamás los ojos.

Buenas noches, y la mano
Dale falsa la Ambición
Á su hermana Adulación
Y vá á hundirse en muelle lecho;
Y talvez rabiosa furia
Sin piedad le roe el alma;
Pero en breve ya tu calma
Se apodera de su pecho.

Desarmado cuelga el brazo
De la pérfida venganza:
También á ella el sueño alcanza:
Allí caído está el puñal.
Y en sedosa alfombra yace,
De sus galas desceñido,
El Placer descolorido
En la orgía bacanal.

¿Á quién encuentra fatigado el día
Deseando ansioso su primer albor?
¿Para quién fué la Noche una agonía,
Lenta y terrible, llena de dolor?

¿Quién lanza sus serpientes roedoras
Al ya violado lino conyugal,
Y las furias evoca aterradoras
En derredor de un lecho criminal?

¿Quién brama entre el olán y los damascos
En el sombrío alcázar del Poder,
Cual las ondas que azotan los peñascos
Braman, sin que les puedan conmover?

¿Quién puebla las alcobas perfumadas
Donde se agita mísera Opulencia,
De sombras de terror ensangrentadas
Que acusan sin piedad á la Conciencia?

Mírale, ¡oh, Noche! en su feroz tormento.
Torbo el mirar y pálida la faz:
Él es, el infernal *Remordimiento*,
Que en vano corre tras la ansiada paz:

¡Mira como sus sierpes horrorosas
Holladas por tu carro rutilante,
Entrelazan sus miembros mas rabiosas,
Y el corazón le roen palpitante!

Véle, dejando el lecho del reposo,
Vagar á orillas del dormido mar,
Cuando el mundo descansa silencioso
Y ni las Auras se oyen suspirar.

Héle allí entre las rocas cenicientas,
Cual fantasma en tus sombras evocada,
Bajo el peñón que baten las tormentas,
Echar á la onda fúnebre mirada.

Huye de tí, del mundo y de sí mismo;
Y á doquier lleva el corazón sangriento:
Allí bajo sus piés tiene el abismo,
Allí le impele insano pensamiento.

El cuello inclina, y con espanto mira
(Un pié delante) los profundos mares:
Convulso se estremece y se retira:
Llega el Alba y no alivia sus pesares.

¿Á quién ¡oh, Noche amiga! tu luto no dá espanto?
¿Quién oye en tu silencio y se complace en tí?
¿Quién en tus sombras mira, en ellas halla encanto
Olvidando del mundo el ciego frenesí?

¿Quién deja el puro lecho y su muelle reposo
Y su cándida toca de lino virginal,
Por tu dosel oscuro, por tu manto luctuoso
En que allí ves envuelta á una diosa Vestal?

Allí entre las tumbas del yermo cementerio
Se sienta silenciosa bajo letal ciprés,
Á interrogar las sombras, á leer en tu misterio,
En tu sublime calma y augusta lobreguez.

Al lado de un sepulcro está *Sabiduría*
Con su noble semblante, su divino mirar;
Y sobre el duro mármol quedó *Melancolía*
Durmiendo el triste sueño de un íntimo pesar.

Solo el lúgubre canto de la ave favorita
El sagrado silencio se atreve á interrumpir,
En que envuelta la diosa en arcanos medita
Que al mortal fué vedado por siempre descubrir.

Tu sombra es luz para ella ¡oh, Noche majestuosa!
En tu inefable calma se encuentra su placer:
Tras el oscuro velo de tu faz misteriosa
Tus modestos encantos solo ella pudo ver;

Porque en su ser etéreo, esento de pasiones,
Su mirada es profunda, celeste y divinal;
Porque no la rodean falaces ilusiones,
Que extravían la mente del mísero mortal.

Mortal envilecido, menguado y miserable,
De ciega inteligencia, lanzarme no oso yo
Al misterioso abismo, profundo, inescrutable
Que Omnipotente mano en tu seno encerró.

Mas entre el sacro duelo de tu sombrío manto
En religioso asombro yo admiro tu poder:
Tu silencio solemne y tus misterios canto
¡Oh, magestuosa Noche! en que envuelves mi sér.

A este sér tan cuitado entre tu seno abriga:
Aleja de su lecho los sueños del terror;
Y en esta alma doliente, derrama, Noche amiga,
Balsámico beleño, calmante del dolor.

El Amante de la Naturaleza.

Pues que víctima he sido
Del destino mas rudo
Y protervia hincó en mí su diente agudo,
Y triste el corazón, pálido y yerto,
De fúnebre sudario fué cubierto;

Viene á tí la alma mia,
Viene á tu amante seno,
De amor, de dicha y de hermosura lleno,
¡Oh, bella, sin rival Naturaleza!
A olvidar de sus males la fiereza:

Que eres tú para mi alma,
En sus crudos dolores,
La Ninfa de los últimos amores,
Que encanta con celeste melodía
El sombrío terror de la agonía.

De amor tus blancas tocas
Llevé á mi seno herido,
Blancas, cual de tus cisnes el vestido,
Cual pecho encantador de tus sirenas,
Emulas de los cisnes y azucenas:

En bálsamo embebidas,
Y en llanto de la aurora,
Que en tus fragantes campos se atesoar;
Yo tus tocas de amor puse en mi pecho,
Y fué en suspiros su dolor deshecho:

Yo las llevé á mis ojos
Y á mi abrazada frente,
Y el llanto brotó entónces dulcemente,
Y la fiebre apagó del alma mía
Que vida y corazón me consumía.

Frívolo niño me hice,
Y bebí sin mesura
El néctar de tu amor, bella Natura,
Y abdiqué el pensamiento, esa diadema,
Que al Rey de la creación la frente quema:

Y yo vagué cual niño
Por valles y collados:
Detrás las mariposas de tus prados
Como niño corrí, y dentro el monte
Tras los tiernos polluelos del Cenzonte, (1)

Y á veces por laderas,
Por barrancos y cerros,
Acompañado de mis leales perros,
Ó bien siguiendo á la medrosa gama
Ó ardilla que se vá de rama en rama

Como niño he gustado
De la miel de la abeja,
Que hallé en el tronco de la encina vieja,
Y panal conquistado á las avispas
Con el humo las llamas y las chispas;

(1) *Cenzontli ó Cenzonte:* pájaro de tan dulce canto que puede llamarse el *ruiseñor* de América.

Que no es néctar livado
De pérfidos amores,
En hechiceras, venenosas flores,
El néctar del panal y la colmena,
No el labio que la chupa se envenena.

Á tus fuentes y arroyos
También bajé mil veces,
Y á los plateados, inocentes peces
Que habitan el cristal de la onda pura
Llevé desolación y muerte dura;

Y sus postreras ánsias
Recojí entre mis manos.
¡Siempre crueles los hombres y tiranos
Con la inerme inocencia, aun los que siendo
Víctimas de tiranos van huyendo!!

Cual divertido niño,
Al borde del torrente,
Guijarros mil lanzaba á la corriente,
Que mil plateados círculos formaba,
Y al peñasco y á mí nos salpicaba:

Y con extraño ruido
Les devoraba en lo hondo,
Tal como al Tiempo, Eternidad sin fondo,
Como al frágil mortal que se derrumba
En los negros abismos de la tumba.

En la arenosa playa
Como niño he jugado

Con la menuda arena en que estampado
La paloma dejó su piecesillo,
Ó el surco de de su huella el gusanillo.

Y allí sobre la arena
Osó escribir mi dedo
Un nombre que olvidar ¡ay Dios! no puedo,
Grabado aquí en mi pecho en hora aciaga,
Tal como estigma de sangrienta llaga.

¡Cuántas veces mi frente
Á la linfa espumosa
Entregué de corriente estrepitosa,
Que en argentadas masas se despeña,
Gentíl saltando de una en otra peña;

Y del Génio de la onda,
Usurpando el derecho,
Osé invadir el cristalino lecho,
Gozándome en la bella catarata
Bajo su velo de luciente plata.

Otras veces me plugo
Beber en la montaña
La agua que guarda próvida la caña,
Ó el peñasco reserva para el ave,
Ó la lluvia que junta la ancha agave. (1)

De la flor en el cáliz
Deleitó al labio mío

(1) Agave: nombre botánico del maguey ó pulque.

La gota diamantina de rocío,
Cual la felicidad resbaladiza
Que apenas se la toca se desliza;

Cual la vírgen amante,
Pura, trémula y bella,
Cual la del alba refulgente estrella,
Cual lágrima de amor, que hermosa brilla
Cuajada por amor en la megilla.

Y después como al pecho
De vírgen inocente,
Oprime dulcemente
La rósea Pubertad,
Con los ensueños vagos
De ardiente fantasía,
Y la melancolía
Que realza la beldad;

Así de tus amores,
La inspiración divina,
El alma me fascina,
Me oprime el corazón;
Y opresa la alma entonces
La plugo el tiste canto
Y exhalar en el llanto
La profunda emoción.

Y lloré en el laüd de la tristeza,
Mis lágrimas cuajó límpida fuente:
Suspiré con la brisa tiernamente
Del solitario monte en la aspereza.

Sentado entre la lóbrega quebrada
Respondí con la voz de mi gemido
Al monótono canto dolorido
De lúgubre *espumuy* desconsolada: (1)

Á la márgen canté de la laguna
De su cándida Garza la inocencia,
Y orillas del arroyo la violencia
Que nos urje á él y á mí desde la cuna.

Desde el umbral de mi infeliz cabaña,
Y á la pálida luna de verano,
Oyendo el *cuerpo-ruin* dolerse en vano (2)
Con mi triste canción le hice compaña.

He cantado las vastas soledades,
Los silenciosos páramos desiertos,
Para la alma sensible nunca muertos,
Para la mía, mundos de beldades.

Canté de esos desiertos las bellezas,
Las flores por el Céfiro obsequiadas,
Puras, como de Dios fueron formadas,
Y de Dios alabé tantas grandezas.

Canté el añoso bosque, en grave tono,
De verdura y de siglos coronado,
De sombras y de buhos habitado,
Que al *Silencio* elevó sublime trono.

---

(1) *Espumuy:* paloma silvestre, llamada así en el país por onomatopeya, pues el nombre parece el sonido del canto.

(2) *Cuerpo-ruin:* pajarito que canta en las noches de Primavera y parece decir la voz con que se le denomina.

Y allí en el reino de *Silencio* umbrío,
De salvaje montaña á la presencia,
Se postró ante invisible Omnipotencia
El pavoroso pensamiento mío.

Pobre cantor de cisnes peregrinos,
De selváticas flores y de fuentes,
De páramos y bosques eminentes,
De sonoros arroyos cristalinos;

Lágrimas para mí la lira fuera,
Lágrimas la belleza de las flores,
Lágrimas el desierto y sus amores,
Lágrimas tus encantos donde quiera.

¡Oh, siempre yo te amé Naturaleza,
Y á tu divino autor en tí yo adoro,
Abre á mi corazón todo el tesoro
De poesía, amor y de belleza!

Desvuelve para mí tu bello seno,
Y enagénese en él tu triste amante:
De tus campos el bálsamo fragante
Vierte en mi corazón de heridas lleno;

Dáme de tus desiertos la armonía,
Que haga dignos de tí mis rudos cantos;
Y loaré tu beldad y tus encantos
Que dan vida á mi muerta fantasía.

Tus hondas soledades yo te pido
De silenciosa y lóbrega espesura,
Que á memorias de triste desventura
Devoren en los antros del olvido.

La Muerte del Justo.

Adormecido el Justo en su postrero sueño
Deslízase á la tumba sin pena ni ansiedad:
Con la paz en el alma, con el labio risueño
Vé abrirse los espacios de la honda Eternidad.

La noche del pasado, de entrañas tan fecundas
En pálidos espectros, que ajitan con furor
Sus crínes, erizadas de sierpes iracundas
No aborta para el Justo sus sombras de terror.

Cual alegre viajero que al fin de la jornada,
Las cimas, por do anduvo, en lontananza vé,
Así echa por la vida el Justo una mirada
Cuando en su último linde logró poner el pié.

El terrífico jesto no tiene del malvado,
Ni la espumante boca, ni el hórrido estertor,
Ni el revolverse inquieto del uno al otro lado,
Los dientes recrujiendo, bramando con horror.

Ni el sello maldecido del réprobo en la frente,
Que brilla por los ojos las llamas de Belial,
Ni la blasfemia inmunda, ni el furor impotente
Del que oír ya parece risotada infernal.

El cabello á la vista del réprobo se eriza:
Ya inerte y con los ojos cerrados á la luz,
Crispada mano mueve, que alguno galvaniza,
Para apartar la imagen del Dios sobre la Cruz.

Ni las férvidas preces del sacerdote santo,
Ni el agua bendecida, ni el óleo de salud,
Ni el consagrado círio conjuran el espanto
Ni calman del prescito tan hórrida inquietud.

¡Hijo de Caín: yo aparto mis ojos por no verte
Convulso entre las garras sangrientas de Luzbel,
Y veré cual recoje el Angel de la Muerte
Las últimas sonrisas de una boca de Abel!

¿Que escucha el escojido, qué mira, qué presiente
Al romperse la liga del barro mundanal,
Cuando dulce sonríe su labio balbuciente,
Cuando su faz refleja un rayo celestial?

Con alas de oro y nieve de deslumbrante albura
Su lecho cobijando, vé al Nuncio del Señor
Que, cual amante Madre, le aduerme con ternura,
Y al oído le desliza sus cánticos de amor:

—"Ven Alma, que cautiva, la dice, tu cadena
Arrastras por el polvo del terrenal confín;
El tiempo se ha cumplido de la mansión terrena,
Y aguárdate el esposo para el nupcial festín.

Del Parácleto santo, humilde mensajero
Á sacarte he venido del valle de aflicción,
Á llevarte en mis brazos al orbe postrimero,
Cimiento de damiante de la celeste Sión:

Allá, donde á sus plantas el Hijo de María
Cual polvo luminoso los astros vé brillar;
Do en olas infinitas de luz y de armonía
Todo un Dios es del alma el néctar y el manjar.

No cures si á tu estirpe no legas por herencia
El fausto del orgullo, ni el oro corruptor,
Ni ruidoso renombre que aclama con demencia
El engañado mundo, el mundo engañador.

Tu bendecida prole mas pingüe dón alcanza;
La Cruz del Nazareno, su amor y su humildad;
Pues que los orbes todos, de Dios en la balanza,
Son menos que una lágrima de ardiente caridad.

Vén, Alma, que cautiva en mísera cadena
Te arrastras por el polvo del terrenal confín;
El tiempo se ha cumplido de la mansión terrena,
Y aguarda el Esposo para el nupcial festín.

¡Oh, Esposa fiel, que anhelas castísimos amores,
Abraza ya á tu amante, carísima mitad!
¡Paloma, que en la jaula arrullas tus dolores,
Recobra ya en los cielos tu ansiada libertad!"

Tal dijo, y consumando el funebre misterio
El nudo con sus dedos de rosa desató,
Que al alma retuviera en triste cautiverio,
Y el vuelo hácia el Empíreo con ella remontó.

LA ENCINA Y LA CAÑA.

TRADUCCION DE LAFONTAINE.

La Encina vigorosa
Dijo á la débil caña:
"No ha sido para tí muy amorosa
La madre Naturaleza:
Cual enorme montaña
Te agobia un Reyezuelo;
Y erguida no consiente tu cabeza
La aura que en manso vuelo
Al charco se desliza
Y el terso espejo de las aguas riza.

En tanto que, al Cáucaso, mi frente semejante
Embota las saëtas ardientes de Faetón,
Y del furor se burla de Tempestad tronante;
Que á mí todo me es Céfiro, y á tí todo Aquilón.

Si en tierra donde abriga mi follaje,
Á lo menos nacieras,
Yo te guardara de violento ultraje,
Correr tus días mas serenos vieras.
Mas suele tu linaje,
Pulular en las húmedas riberas
De los reinos del viento.
Madrastra es para tí, Madre Natura,
Que así te entrega á su furor violento."

"Tu compasión es bella,
Hija de tu bondad, dice el arbusto;
Mas no mi humilde estrella
Te dé susto:
Que, mas que á mí terrible
Es para tí la tempestad acaso:
Yo me doblò flexible,
No fracaso:
Me cimbro, me doblego,
El viento me dá vueltas como un trompo,
Caigo, y levanto luego, no me rompo.
Tú, hasta aquí triunfante
No has encorvado el dorso al viento fiero:
Veamos, en fin, empero
Mas adelante."

En esto el hijo mas feroz embiste
Que en la glacial entraña
Jamás el Septentrión haya llevado:
Ceja la humilde Caña,
El árbol impertérrito resiste,
Que el viento con rüido
Empújale y resbala;
Pero lanzando mas feroz bramido,
Con ímpetu tan fiero impulsa el ala,
Que el coloso ya cruje
Y el viento se lo lleva en otro empuje.

Tal fué el destino del que, altivo y fuerte,
Tocaba con la frente al firmamento
Y con la planta el Reino de la muerte.
¡Pobre orgullo mortal, burla del viento!

A LOS CUCHUMATANES. (1)

¡Oh cielo de mi Patria!
¡Oh caros horizontes!
¡Oh azules altos montes;
Oídme desde allí!
La alma mía os saluda,
Cumbres de la alta Sierra,
Murallas de esa tierra
Donde la luz yo ví!!

Del Sol desfalleciente
Á la última vislumbre,
Vuestra elevada cumbre
Postrer asilo dá:
Cual débil esperanza
Allí se desvanece:
Ya mas y mas fallece,
Y ya por fin se vá.

En tanto que la sombra
No embargue el firmamento,
Hasta el postrer momento
En vos me extasiaré;

(1) Andes: La Sierra que queda entre los territorios de Guatemala y Chiapas: prolongación de la Cordillera de los Andes, Los Cuchumatanes.

Que así como esta tarde
De brumas despejados,
Tan límpios y azulados
Jamás os contemplé.

¡Cuán dulcemente triste
Mi mente se extasía,
Oh, cara Patria mía
En tu áspero confín!
¡Cual cruza el ancho espacio
Ay Dios, que me separa
De aquella tierra cara,
De América el jardín!

En alas del deseo,
Por esa lontananza,
Mi corazón se lanza
Hasta mi pobre hogar.
¡Oh dulce madre mía,
Con cuanto afán te estrecho
Contra el doliente pecho
Que destrozó el pesar!

¡Oh, vosotros que al mundo
Conmigo habeis venido,
Dentro del mismo nido
Y por el mismo amor;
Y por el mismo seno
Nutridos y abrigados,
Con los mismos cuidadss,
Arrullos y calor!

¡Amables compañeros
Á quienes la alma *Infancia*
En su risueña estancia
Jugando me enlazó,
Con lazo tal de flores,
Que ni por ser tan bello,
Quitárnosle del cuello
La Suerte consiguió!!

Entro en el nido amante,
Vuelvo al materno abrigo:
¡Oh, cuanto pecho amigo
Yo siento palpitar,
En medio el grupo caro,
Que en tierno estrechó nudo,
Llorar tan solo pudo,
Llorar y mas llorar!

. . . .

¡Oh cielo de mi patria!
¡Oh caros horizontes!
¡Oh ya dormidos montes
La noche ya os cubrió!
Adiós, oh mis amigos,
Dormid, dormid en calma,
Que las brumas en la alma
¡Ay, ay! las llevo yo.

A mi hermano Manuel.

ESPONDIENDO Á UNA CANCIÓN QUE EN EL MISMO METRO ME DIRIGIÓ DESDE SAN SALVADOR.

¡Quién entonar pudiera,
Acompañado al són de blanda lira,
Endecha lastimera,
Tan dulce como el canto en que suspira
Mi ausente amigo amado
Orillas de Azalguate afortunado! (1)

¡Oh tú, mi caro amigo,
Que das tanta dulzura á tu lamento!
Si competir contigo
No es dable en la armonía del acento,
En que eres tú el primero,
Mi pecho en el sentir no es el postrero.

Tus notas imitando
Yo exhalaré mis ayes doloridos,
Y al Céfiro mas blando
Rogaré que los lleve á tus oídos,
Respondiendo á tu canto
Que desde aquí acompaño con mi llanto.

(1) Azalguate: río de San Salvador.

Cual suele la inocente
Avecilla en la noche mas serena,
Orillas de la fuente
Remedar á la dulce Filomena,
Yo tu canción remedo,
Y es cuanto de acento esperar puedo.

Si en el *peñasco hueco*,
De las ardíentes playas de *Azalguate*,
Responde solo el eco
Á los suspiros de mi ardiente Vate,
Otro eco mas sentido
Aquí responde tras del Ande erguido.(1)

Aquí en la Chiapa ignota,
Donde mi mente aun verte se imagina,
Donde mana y se agota
De *Chichimá* la fuente cristalina,(2)
En cuya fresca fuente
No mas de que te fuiste hundo mi frente;

Sabes cuanto yo amara
Los risueños paisajes de Natura,
Y cuanto me encantara
Ora de las campiñas la verdura,
Ora el monte sombrío,
Ora el murmullo de dormido río.

---

(1) Ande: la sierra que queda entre los territorios de Guaten y Chiapas: prolongación de los Andes. Los Cuchumatanes.

(2) Chichimá: nombre de un manantial de las cercanías de Co tán, territorio de Chiapas.

Ora el hondo desierto,
De paz asilo y de beldad santuario,
Ora el valle encubierto,
De Flora perfumado relicario,
Ora mansa laguna
Que inmóvil duerme al rayo de la luna.

Mas luego que partiste,
Para este corazón, para estos ojos,
Ningún encanto existe:
Del destierro los ásperos abrojos,
Por tu mano apartados,
Cubren de nuevo los ajenos prados.

Un día, te diré
Que en los herbosos valles de *Tzimol*,(1)
Recrearme intenté,
Al trasmontarse ya el ardiente sol;
Y en el brazo el fusil
Seguí del río los recodos mil.

Guarnecen sus riberas
(¿Te acuerdas?) de sabinos colosales
Dos tortuosas hileras,
Cuyo verdor, cubriendo los cristales,
Serpea en la llanura
Cual monstruosa serpiente de verdura.

Mi mente pesarosa
No vagó en aquel bosque corpulento,

(1) Tzimol: un valle distante de Comitán 4 leguas al Occidente.

Ni á la queja amorosa,
Que el pájaro en las ramas daba al viento
Sensible fué mi oído
Ni al del agua mansísimo ruído:

La caza despreciando
Mi marcha á la ventura dirijía
Por la márgen vagando,
Y volaba mi inquieta fantasía
Tras mi hermano tan solo,
Errante entonce en peligroso polo.

De tu suerte la duda
El pecho con angustia me apretaba;
Aquella pena cruda
Mi alma, como ahora, entonces embargaba;
Y allá entre mí decía:
"Bajo este árbol talvez, él estaría!"

En tanta acerba pena,
Que á este mi triste corazón circunda,
Solo tu dulce vena,
Tu cara voz que de ternura inunda
Aquesta alma oprimida,
Préstame nuevo aliento, nueva vida.

Permita un día el Cielo
(Solo al pensarlo el corazón me late)
Que allá en el pátrio suelo,
Ó siquiera en la márgen de *Azalguate*,
Demos á un mismo viento
Bajo un mismo palmero nuestro acento.

No tus lágrimas solas
En silenciosa soledad vertidas,
Irán mas á las olas
A sepultarse en ellas confundidas;
Que á la linfa del Coro (1)
Con el mío también irá mi lloro.

Las tardes de Abril.

¡Oh, qué dicha el vagar por las campiñas,
Apagado el hirviente pensamiento,
En dulce libertad, al fresco viento,
Cuando toda la tierra es un pensil;
Y alegre el inocente conejillo
Con los truenos y lluvias tempraneras,
Gusta salir del soto á las praderas
En las tardes bellísimas de Abril!

Tardes de encanto y de inefable dicha,
De verdor, de armonías y de flores,
En que velan del Sol los resplandores,
Las nubes con suntuoso pabellón:
En que retumba en lontananza el trueno,
Cual voz doliente que exhaló Natura,
Que se escucha con plácida tristura,
Que trae algún recuerdo al corazón.

(1) Coro: uno de los mas hermosos baños de San Salvadôr.

Tardes en que, cual lágrimas de amores,
Ricas gotas despréndense del cielo,
Que refrijeran el sediento suelo,
Que al lozano verdor dan brillantez:
Tardes ricas de vida y de belleza,
De reclamos y trinos de las aves,
De frescas auras y de olores suaves,
Tardes de amor y muelle languidez.

Tardes de lluvia y sol, de luz y sombras,
De diáfanos vapores y nublados,
De negros nubarrones, perfilados
De oro y azul y espléndido arrebol;
En que trasciende la regada tierra;
De las rozas el humo al cielo sube,
Y se vé sobre el fondo de la nube
Caer la lluvia dorada por el sol.

Cuájanse los cafetos de jazmines,
De escarlata el granado se salpica,
La pasionaria de verdor tan rica
Tiende á Flora fresquísimo dosel;
Y la columna del esbelto dátil,
Tapiza la *pitahaya* trepadora:
Con lujosos florones la decora,
Pendientes del crinado capitel.

Tiende el prado su alfombra de azucenas,
Las auras enriquécense de aromas,
De tierno césped la llanura y lomas,
La verde *chilca* de amarilla flor:

La madre tierra al fecundante arado,
Sus campos cede ya, los mas floridos,
Con sus lirios, de púrpura vestidos,
Que á Céres sacrifica el labrador.

En las rociadas copas de los árboles,
Soñolientas las auras se adormecen,
Á los pimpollos lánguidos remecen,
De cuando en cuando y á compás igual;
Y si el nublado sol sus velos rasga,
Los campos dora, la arboleda brilla,
Y una luz temblorosa es cada hojilla
Destilando su gota de cristal.

Y el *plátano* sus lábaros tremola,
Sus anchos abanicos la palmera,
Y sacude la verde cabellera
El desmayado, lánguido saúz:
Se ostentan las pomposas *floripundias*,
Que, cual ebúrneas campanillas penden,
De albura ricas y de olor trascienden,
Y el *trébol* y las *flores de la Cruz.*

Y en balsámicas ráfagas envía
Blanda esencia mas suave que la rosa,
Como la rubia miel, dulce y sabrosa,
El melífluo silvestre *suquinay;*
Y el colibrí de lindos tornasoles
De flor en flor revuela susurrando,
Y en torno de ellas con rumor mas blando
Mil abejillas vagarosas hay.

Apíñanse en las ramas los insectos
Que de la tierra humedecida brotan:
Caen, vagan, se agitan, se alborotan
En mil revuelos, con susurros mil,

Y con rudos conciertos los reptiles
Aturden incansables los pantanos,
La fresca lluvia saludando ufanos,
Festejando el regreso del Abril.

Seguido de su lúgubre serrallo,
Con marcial arrogancia y donosura,
Trota el jóven sultán de la llanura,
El alazán de belicoso ardor:

La grey balando por la verde falda,
Baja en tropel al són del caramillo,
Y el estropeado, tierno corderillo
Bala también en brazos del pastor.

El ganado matiza el verde césped,
Los montes atronando brama el toro:
Su voz los ecos, cual clarín sonoro,
De monte en monte repitiendo van;

Y enarbolando las pintadas colas,
Saltan los becerrilles por los prados,
Á otro balar se escuchan encerrados
Y á las madres mugir con tierno afán.

Hincha el viento la orquesta de los *tordos*,
Silva la codorniz, canta el *jilguero*,
Y á las nubes saluda el *clarinero*,
Esponjando el plumaje de turquí.

Gózate en esas flores de tan suave ambrosía:
Gózate en nuestra Arcadia de olímpica beldad;
Y de tu lira de oro la inmortal melodía
Dé á sus ninfas y prados feliz celebridad.

Y pierda su ponzoña la sierpe venenosa
Que contra tí emboscare la envidia en el vergel,
Al caerle de tus sienes una hojita de rosa,
Al soltarle tu labio una gota de miel.

—¡Adiós! Y no te olvides del vate que te admira,
Que bajo el bello cielo de su primera luz,
Alguna vez dichoso, ha de besar tu lira,
Regada con esencia de *flores de la Cruz*.

DOLOR Y CONSUELO.

Sí; vino ya la pálida tristeza,
Y deshojó tu juvenil guirnalda;
Cayó á pedazos tu mortal belleza,
Y amor burlando te volvió la espalda.

Un pensamiento reinará en tu mente,
Irrecusable, tétrico, tirano;
Con férreo cetro oprimirá tu frente
Y á sacudirlo probarás en vano.

Como sacude la infeliz gacela
Con gran dolor y malogrado intento,
Agudo dardo que expeler anhela,
Prenda fatal de cazador sangriento.

Tu amor, en tanto, tu existencia olvida
Ingrato el hombre que en amor te inflama;
Con lentitud consumirá tu vida,
Aislada y triste en silenciosa llama.

Llama letal de tu feroz martirio,
De pálidos, sinestros resplandores,
Que cual la luz de funerario cirio,
Tan solo alumbra de la muerte horrores.

Tus largos dias y tus noches largas
Alternarán en uniforme tédio:
Hondos suspiros, lágrimas amargas,
Ya no darán á tu dolor remedio:

Lloro de amor: en la naciente arruga
Solo há del mundo la insultante risa
No el blando beso del amor la enjuga,
Como al pensil el beso de la brisa.

Ya ver quisieras trasponer al monte
La luz del Cielo que al dolor ofende;
Pero, ¡cuán lento para tí, Faetonte,
Á su palacio de cristal desciende!

Tal vez porque oye tu mortal gemido,
Creerás la noche á tu dolor mas pía,
Ó porque rompe el lloro comprimido
Los rudos diques que le puso el día;

Más ya las sombras de espantosa calma,
Ó bien la luna con su faz serena,
Mas cruel memoria evocarán en tu alma
Del bello Adonis, corazón de hiena.

Y si del tiempo la corriente arriba
Subes en álas de rosado ensueño,
Gozando amores que tu labio liba
Entre los labios de tu caro dueño,

Bajo el florido bosquecillo umbroso,
Templo de amor donde adorada fuiste,
De yedra y rosas y jazmín frondoso,
Que ya tan solo en tu memoria existe;

Mas descarnada, tétrica y odiosa
La indeclinable realidad te aguarda,
Tirana y cruel, de tu ilusión celosa,
Que al róseo ensueño en devorar no tarda;

Y ya á su voz abísmase el santuario,
Cantos, flores, delicias, amorcillos,
Y despiertas en lecho solitario
Al triste canto de nocturnos grillos:

Y el blando lecho agitarás volviendo
De uno á otro lado, cual si hubiese abrojos,
La frente en áscuas y la sangre hirviendo
Manando en llanto los ardientes ojos;

Hasta que al fin del nido se levante,
Dejando en él á su mitad querida,
El pajarillo que á la aurora cante,
La pluma sacudiendo humedecida;

Mas cuando al día redimirte plugo
De los tormentos de la noche adusta,
Sustituyendo á tu feroz verdugo
El férreo peto al corazón te ajusta:

Para tí el día, de esplendor cubierto,
Es cual su hermana de luctuoso manto,
Naturaleza, cual cadáver yerto,
Horror derrama su divino encanto!

Y en el delirio que él dolor te inspira,
Las turbias ondas tu pasión invoca,
Donde la Lesbia(1) de sensible lira
Ahogó el gemido de su dulce boca.

Ni oirá la muerte tu incesante ruego,
Ni así así el dolor de sanguinaria garra

(1) Safo, natural de Lesbos.

Saciada deja su crueldad tan luego:
Fibra por fibra el corazón desgarra:

Y de su presa, cual feroz arpía,
La sangre liba y lame y saborea,
Y en su ronco estertor y en su agonía
Y en sus convulsas ansias se recrea........

....
....
....

¡Amor, beldad, placeres, ilusiones!
¿Quién por tan febles rosas necio llora?
Rosas que barren crudos aquilones,
Que hórrido invierno sin piedad devora!

Bello pensil de encanto fementido,
Que exhala en suave olor letal veneno,
De hórridas sierpes encubierto nido
Que á la incauta muger roën el seno.

¡Oh vive, sí! que la virtud amores
Tiene también, que la traición no enluta,
Que no pusieron áspid entre flores,
Ni en cáliz de oro la mortal cicuta:

Y rosas tiene la divina esencia
Y de bello veedor inmarcesible,
Que sembradas en tu árida existencia
Alegrarán tu corazón sensible.

Entre sus brazos la virtud te espera:
Pondrá ella en alma vida y energía,
En tus labios sonrisa placentera,
Sobre tu frente rayos de alegría.

¡Oh sí, dulce muger! tiende la mano
Al escuálido, mísero mendigo:
El fardo haz leve al encorbado anciano,
Dá al huérfano inocente dulce abrigo.

Amable acude al angustioso lecho
Donde un tu hermano moribundo gime:
Bálsamo de salud vierte en su pecho,
Del dolor y la tumba le redime.

Busca las tierras víctimas del hado
En que al posar dejó sangrientas huellas,
Tú, en cuya alma también él se ha cebado,
Tú también infeliz, llora con ellas:

Ahoga en su llanto su dolor impío
Y libre tu alma quedará de angustias,
Que el lloro de piedad es como el río
Que torna Edén las soledades mústias.

Edén que brinda encantador consuelo
Á tu alma tierna, fervorosa y casta,
Que no de ingratitud marchita el hielo,
Porque á sí misma la virtud se basta.

Imitación de Victor Hugo.

Apuesta niña, sin igual, graciosa,
Amable y linda, cual cerezo en flor,
Gentil y esbelta como palma airosa,
Cuanto, hay! daría por lograr tu amor.

Si fuera Rey del afamado Oriente,
Mi cetro diera, mi encantado harén,
Mi augusto trono de marfil luciente,
Mi regio alcázar con sus torres cien:

Mis elefantes enjaezados de oro,
Mis flotas que hacen á la mar gemir,
Mis cien dominios, mi oriental tesoro,
Y aun no bastáran cuantos guarda Ofir.

Si fuera Dios, mi solio de zafiro,
La eternidad y el néctar inmortal,
Soles y mundos en eterno giro,
La luz, la gloria, el coro angelical;

Y el negro infierno que á mis plantas brama,
Y las delicias del celeste Edén,
Y en rayo ardiente que mi vista inflama,
Y el resplandor de mi divina sién.

Pero he nacido Vate, sin ventura,
Y solo tengo laud de Trovador:
Héla á tus piés, bellísima criatura,
Amable y linda, cual cerezo en flor.

A MI GALLO.

¡Oh canta, canta al fúlgido lucero,
Joya del alba y de la noche orgullo,
Tú, de mi humilde hogar canoro huésped,
De la mañana y del lucero núncio!

¡Oh canta, sí, que en mi febril desvelo
Escucho con placer tu acento agudo,
Yo que, cual triste y moribunda lámpara,
En mísera dolencia me consumo!

El mústio sueño de la muerte imagen,
Reina entre sombras de espantoso luto,
Y apenas alentar la vida siéntese,
Entre vagos y débiles murmullos;

Y son entonces tus sonoros ecos
Prenda de vida para el triste mundo:
Voz de consuelo, y de esperanza cántico
En el silencio pavoroso y mústio.

Tal vez á esta hora en la vecina sierra,
Bajo glacial escarcha, vagabundo,
Oyó el viagero tu lejano canto,
Y aliento cobra y esperanza y júbilo:

Que así te escucha, como vió el piloto
En borrascoso mar el faro lúcido,
Porque tu voz, albergue hospitalario
Revélale del valle en lo profundo,

Antes que en los abismos de la noche
Perciba en lontananza un leve punto,
Que brilla y palidece por instantes,
Y es de la choza el fuego moribundo;

Muy antes que ladrando se despierte,
De sus pisadas al rumor confuso,
El mastín que tendido en los umbrales,
Guárdalos fiel de forzador injusto.

Tu acento en la alta noche redoblando,
Porfiado evocas de su caos profundo
Á la tardía perezosa estrella
Que duerme aún bajo el Oriente turbio:

¡Oh, yo en mi lecho, desvelado enfermo,
Con qué placer tus cánticos escucho,
Cuando me anuncian á la amable aurora,
Viniendo en pos de su lucero fúlgido:

Y la hora en que los astros desvanécense
Á la mitad de su brillante curso,
En que á bullir la rumorosa vida
De nuevo empieza sobre la haz del mundo;

En que á la ruina pavorosa y lóbrega
Vá á sepultarse el agorero buho,
Y en mi febril cerebro el sueño apaga
Este abrasante delirar nocturno!

¡Oh ave del alba, mi canoro huésped,
Yo en mis flébiles versos te saludo!
¡Salve, oh cantor amigo, que diviertes
Mi eterna noche y mi dolor adusto!

Canta, y el aura tus acentos lleve
Del ancho valle á los confines últimos,
Y ella me traiga los lejanos cantos
Que á tu acento responden de uno en uno,

Cual centinelas de sitiado campo,
Que vijilando el reforzado muro,
Con ronca voz en el espacio enlazan
De trecho en trecho sus alertas rudos.

¡Oh canta, canta, y de placeres llena
Tu vida corra sin pavor ni susto,
Gentil, galante, enamorado y fino,
Señor de tus serrallos absoluto;

La frente de adalid erguiendo altivo,
Armada en guerra con crestón purpúreo;
Á placer desplegando la ancha gola
De caballero paladín al uso;

Luciendo ufano, con marcial donaire,
El tornasol plumaje verde-oscuro
De la profusa cauda en que campean
Las corbas plumas con alfanjes turcos:

Que por caso feliz hubiste dueño
En cuya alma jamás albergue tuvo
El bajo y vil y sanguinario instinto
Que abrigan de su raza los verdugos.

No temas, no, que en duro cautiverio
Te encadene jamás á poste rudo,
Ni que infamante hierro te degrade
De soberbio sultán á vil eunuco;

Ni que armas preste á tu índole guerrera
Para sangrienta lid contra los tuyos;
Ni que el circo teñir tu sangre mire,
Entre algazara soez, villano vulgo.

¡Oh canta, canta, entre la amiga copa
Del ancho *amate* ó del *pirú* vetusto,
Que en dulce unión sus ramos entrelazan,
Y sombra dan á nuestro albergue rústico!

Canta feliz la magestuosa noche
En su estrellado pabellón cerúleo;
Su láctea vía de menudo aljófar,
Del carro de Jehová celeste surco,

Su trise luna, descendiendo lánguida
Detrás del monte silencioso y mústio,
Apagando entre sombras meláncólicas
El macilento rayo moribundo,

Como en las sombras de la muerte apaga
De la belleza los reflejos últimos,
Vírgen que en flor desfalleciendo inclina
La frente pálida y los ojos turbios.

¡Oh canta, canta á la tardía estrella,
Joya del alba y de la noche orgullo,
Y en mas sonoros y argentinos cánticos
Saluda luego al matinal crepúsculo!

Y canta, en fin, á la jovial mañana,
Cuando renazca en el Oriente rúbio,
Y el céfiro liviano al cielo eleve
El *hosanna* magnífico del mundo.

INDICE.

